

se había pedido. Todas las proposiciones han sido rechazadas, y las peticiones de la Inglaterra se han hecho más imperiosas y más absolutas. No estaba en los principios del gobierno el ceder á la amenaza; no estaba en su poder el someter la majestad del pueblo francés á leyes que se le prescribían con formas tan altivas y tan nuevas. Si lo hubiese hecho, hubiera consagrado para la Inglaterra el derecho de anular con sólo su voluntad todas las estipulaciones que le obligaban para con la Francia; la hubiese autorizado á exigir de la Francia garantías nuevas á la menor alarma que le hubiera convenido forjar, y de ahí dos nuevos principios que se hubieran puesto en el derecho público de la Gran Bretaña, al lado de aquel por el cual ha desheredado á las demás naciones de la soberanía comun de los mares,, (1).

Ya lo vemos: la violación de la paz de Amiens por la Inglaterra era para la Francia una cuestión de honor nacional. No podía renunciar á una cláusula de un tratado por la única razón de que no le gustaba á la Inglaterra el ejecutarla. "La Francia no está ya en el siglo XIV, exclama el primer cónsul. No desea doblegarse ante las exigencias crecientes de la Inglaterra; no podría hacerlo sin abdicar. No reconocerá nunca al gabinete británico el derecho de no cumplir sus compromisos más que en lo que convenga á los cálculos progresivos de su ambición; no le reconocerá jamás el derecho de exigir aún otras garantías después de la garantía de la fe jurada. ¡Ah! si no se ha ejecutado el tratado de Amiens, ¿dónde están, para un tratado nuevo, una fe más santa y juramentos más sagrados?," (2). El primer cónsul volvía siempre á la violación del tratado de Amiens. Preveía que la Europa sería sumida de nuevo en las calamidades de la guerra de que apenas acababa de salir; quería descargar su responsabilidad de antemano y rechazarla sobre la Inglaterra: "Si de tal modo sucede que debemos volver á empezar la guerra, dice, la responsabilidad toda entera, á los ojos de Dios y de los hombres, será de aquellos que niegan su propia firma y se niegan á ejecutar los tratados," (3).

(1) Mensaje del 30 floreal, año XI (*Correspondencia de Napoleón*, t. VIII, p. 402).

(2) Mensaje al senado del 25 nivoso, año XII (*Correspondencia de Napoleón*, t. IX, p. 61).

(3) Carta escrita al general Andréossy, embajador de la república en Londres (*Correspondencia de Napoleón*, t. VIII, página 312).

N.º 3.—¿Quién es el culpable?

I.

Se lee en la última nota diplomática remitida á lord Withworth, embajador de Inglaterra en París: "¿Cómo una nación, grande, poderosa, sensata, puede querer emprender el declarar una guerra que arrastraría tras de sí tan grandes desgracias, y cuya causa sería tan pequeña, pues que se trata de un miserable peñasco?," (1). Sí, ciertamente, la responsabilidad que pesa sobre la Inglaterra sería terrible si hubiese provocado la guerra por el peñasco de Malta. Se puede afirmar audazmente que no es eso, porque es imposible. Napoleón mismo no cesó de criticar en su rival designios más ambiciosos. En 1805 escribió al emperador de Austria: "El fin de la Inglaterra es el de ser por mucho tiempo aún el árbitro absoluto de los mares y del comercio del mundo," (2). Hé ahí á lo ménos una ambición digna de una poderosa nación. Inútil es decir que no legitima el rompimiento de la paz, bajo el punto de vista del derecho. Pero ¿quién no sabe que para las aristocracias, así como para las monarquías, el derecho no es más que una vana palabra? Únicamente las gobierna el interés. Ahora bien, jamás se presenta el interés bajo un aspecto más horroroso que cuando impulsa á la guerra. Hubo de esos miserables cálculos en el rompimiento de la paz de Amiens.

Napoleón dijo en Santa Elena que la envidia fué lo que inspiró á Inglaterra: "Comprendió que nada podía ya contener la prosperidad de la Francia, si disfrutaba del beneficio de la paz general. Se asustó á la idea de que la marina francesa, volviendo á adquirir su antiguo esplendor, le disputase algún día el imperio de los mares," (3). Los historiadores franceses abundan en estas censuras: "Imagínese, dice Mr. Thiers, un envidioso asistiendo á los triunfos de un rival temible, y se tendrá una idea próximamente exacta de los sentimientos que animaban á Inglaterra con el espectá-

(1) Nota del 14 floreal, año XI (*Correspondencia de Napoleón*, tomo VII, p. 383).

(2) Carta del 8 de Noviembre de 1805 (*Correspondencia de Napoleón*, t. XI, p. 463).

(3) *Memorias de Napoleón*, escritas por el general Montholon (L'Europe en 1798).

culo de las prosperidades de la Francia," (1). Se concibe la envidia política. Después de la paz de Amiens, se vió á la Italia, bajo la presidencia de Bonaparte, convertirse en una provincia francesa, al Piamonte anexionado directamente á la Francia, la Alemania y la Suiza reconstituidas bajo la influencia del primer cónsul, á Parma y la Luisiana aumentar las posesiones de la gran nación. Ese poder creciente de la Francia hizo decir al ministro prusiano d'Haugwitz: "Ese débil ministerio Addington tenía tanta prisa para firmar la paz, que ha pasado por todo sin levantar ninguna objeción; ahora se apercibe que la Francia es grande, que saca las consecuencias de su grandeza, y declina el tratado que ha firmado," (2).

Hay otra envidia, más digna de un lonjista que de una poderosa nación; Napoleón no perdonó esta imputación á la Inglaterra. Después de la batalla de Marengo, publicó algunos boletines, en donde puso esas acusaciones en boca de los Austriacos, esos fieles aliados del gabinete británico: "Dicen que nosotros no nos batimos más que para vender más caro el café y el azúcar de los Ingleses." Un general del emperador decía en el cuartel general: "No tendremos tranquilidad y felicidad en el continente sino cuando, de un acuerdo unánime, prohibamos la entrada en él á esa nación venal y mercantil, que calcula en nuestra sangre para el aumento de su comercio," (3). Esta sangrienta acusación vino á ser de estilo en tiempo del imperio; no hay un boletín del gran ejército que no critique á los Ingleses el perturbar el continente en interés de su tráfico. Es cierto que el alto comercio se regocijaba con la guerra y que la paz contrariaba sus especulaciones. Desde el tratado de Amiens, encontró el mar cubierto de pabellones rivales; se hallaba privado del monopolio que la guerra le aseguraba, no se aprovechaba de las grandes operaciones financieras que eran de necesidad á las coaliciones. La guerra para esos señores era un excelente negocio.

No tomamos esas imputaciones de los libelos ni de los historiadores franceses, siempre sospechosos de una parcialidad hostil cuando se trata de la In-

(1) THIEERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XVI (tomo I, p. 555).

(2) THIEERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XVI (tomo I, p. 54).

(3) *Boletín* del 28 prairial, año VIII (*Correspondencia de Napoleón*, t. VI, p. 463).

glaterra (1). En una recopilación inglesa hay un testimonio curioso y auténtico de las mezquinas pasiones que animaban al comercio inglés. Entre los papeles de Castlereagh, el heredero del odio de Pitt, se encuentra una Nota titulada *Razones que demuestran que la continuación de la guerra es preferible á la conclusión de la paz*. El editor dice que esta Nota, que no lleva ni nombre ni fecha, es de letra de Eduardo Cooke. Vamos, pues, á saber, de boca de un Inglés de alta posición, si los historiadores franceses calumnian al comercio de Inglaterra diciendo que para él la guerra no es más que una especulación, y una especulación más provechosa que la paz.

En la tribuna, Pitt y Grenville lanzaban invectivas contra el espíritu revolucionario que continuaba reinando en Francia, según ellos; censuraban á la república una ambición insaciable; proclamaban que era preciso continuar la guerra á toda costa para defender la independencia de la Europa contra las invasiones de los jacobinos. En la Nota de Eduardo Cooke no se dice una palabra ni de la libertad del mundo, ni de los revolucionarios de París. Los comerciantes ingleses se regocijaban de la anarquía que desgarraba á la Francia y de la guerra de propaganda que desolaba al continente: para ellos, eso era un excelente negocio. Es lo que Eduardo Cooke va á probarnos por medio de números. Durante la guerra, la Inglaterra tiene el monopolio del comercio; se apodera de las colonias de la Francia y de los ricos establecimientos de la Holanda. Hé ahí un beneficio líquido que da la propaganda revolucionaria. Os quejáis porque las Provincias Unidas se han republicanizado á la manera francesa, y no veis que esto nos proporciona las islas de las especias. Los Franceses amenazan con ocupar el Portugal. Pues bien, tanto mejor: tomaremos el Brasil. ¿Por qué no invaden la España? Todas las colonias de América serán nuestras. Es cierto que durante la guerra, la Francia y los países aliados nos están cerrados. Pero ¿no tenemos el contrabando? ¿No tenemos los neutrales? ¿Quién pierde en ello, en definitiva? Los Franceses porque pagan más caro su café y su azúcar cuando lo compran á los contrabandistas ó á los neutrales que cuando se lo suministramos directamente.

(1) THIEERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XVIII: "Para los Ingleses, la guerra es una especie de especulación."

Tanto más que tomamos al enemigo. ¡Debe añadirse que durante la guerra, arruinamos á la marina francesa y que nuestros corsarios se enriquecen de las presas hechas al comercio enemigo!

¡Adios esos hermosos beneficios, continúa Eduardo Cooke, desde que se haya firmado la paz! Empezamos por devolver las colonias á las potencias continentales. Hé ahí una pérdida bien clara. ¿Y en dónde están las compensaciones? ¡Compensaciones! Hay pérdidas en todas partes. Teníamos el monopolio, y ahora los Holandeses, los Franceses, los Italianos, nos hacen la competencia. Nuestros marinos, sin empleo, irán á mendigar. Nuestra industria hallará rivales en todos los mercados, las ligas mercantiles del continente pondrán trabas á nuestro comercio. Cooke, que es buen calculador, estima que habrá una disminucion de veinte millones de libras en el comercio inglés, nada más que por la restitucion de las colonias. Estima en cinco millones de libras la pérdida que sufrirá la industria de algodón y de las lanas. En un tráfico que durante la guerra se elevaba á 70 millones, apenas nos quedará un valor de 55 millones. ¿Cuál será la consecuencia inevitable de este enorme déficit? La desesperacion, la ruina, la bancarota (1).

II.

Se lee en uno de los boletines en donde Napoleón se complacía en ultrajar á sus enemigos, que "la Inglaterra será por su arrogancia, su venalidad, su corrupcion, el oprobio y el desprecio de las naciones." Si hubiera que imputar al pueblo inglés los sentimientos de tendero que inspira su gran comercio, las palabras insultantes del primer cónsul no serían demasiado severas. La *Nota* que acabamos de analizar fué escrita ántes de la conclusion de la paz. Durante ocho años había ensangrentado á la Europa una guerra furiosa; no se batían ya como en el siglo XVII pequeños ejércitos de diez ó de veinte mil hombres; la Francia, en un heroico impulso, había llamado á las armas más de un millon de ciudadanos. Agotadas sus fuerzas, el Austria firma la paz de Luneville. En Inglaterra tambien, los sufrimientos de la nacion

(1) «*Letters and despatches of lord CASTLEREAGH.*» t. v, páginas 25-28.

obligan al ministerio á negociar. Sólo el comercio protesta. ¿Qué le importa la sangre vertida á raudales? Esa sangre no entra en sus cálculos sino como un subsidio pagado á la coalicion. Si los Austriacos tienen gusto en dejarse matar para que los comerciantes de Lóndres vendan más caros el azúcar y el café, eso es cosa suya. Para los Ingleses es un buen negocio. ¡Y la paz que las poblaciones reclaman á grandes gritos! La paz disminuye los beneficios del comercio; luego es una calamidad. ¡Hé ahí la paz y la guerra bajo el punto de vista comercial!

Apresurémonos á añadir que la aristocracia inglesa no participaba de esos viles sentimientos. En la misma coleccion de donde hemos tomado la *Nota* de Eduardo Cooke, hay un estudio político de lord Castlereagh, que nos revela los verdaderos móviles del gabinete británico, cuando la celebracion de la paz de Amiens y cuando su rompimiento (1). "Desde el advenimiento de Bonaparte, dice lord Castlereagh, la política de la Francia no ha cesado de ser una política de conquista. El general creó repúblicas en Italia, y llamó los Italianos á la independencia. Elevado á primer cónsul, se hizo elegir presidente de la república cisalpina. Anexionó la isla de Elba á la república y compró la Luisiana de la España. Á pesar de esas invasiones, el gabinete británico creyó deber negociar. El primer cónsul hablaba continuamente de su amor por la paz; la Francia la pedía. Era preciso poner á Bonaparte á prueba. Era preciso ver si realmente la nacion francesa estaba cansada de sus aventuras, y si la república, bajo el régimen consular, era aliable con la tranquilidad y la libertad del continente. El gobierno inglés lo deseaba. Firmó de buena fe la paz de Amiens. Pero no tardó nada en convencerse que sus esperanzas eran ilusiones. Al ocupar militarmente las Provincias Unidas, transformadas en república báltava, la república había prometido retirar sus tropas cuando se hiciese la paz; los tratados de Luneville y de Amiens aseguraban la independencia de la Holanda, lo que no impidió permanecer en ella á los ejércitos franceses. El primer cónsul acababa de prometer una indemnizacion al rey de Piamonte en Italia. Con desprecio de este compromiso, re-

(1) «*Grounds for the justification of the british government, in case of the renewal of war.*» (*Letters and despatches of viscount Castlereagh*, t. v, p. 62-72).

unió el Piamonte á la república y ya no se trató de la indemnizacion. El Directorio había revolucionado la Suiza. Cuando los Suizos, contando con la autonomía que la paz de Luneville les garantizaba, quisieron darse una constitucion á su manera, un ejército frances ocupó los cantones; y el primer cónsul significó á la Suiza que debía necesariamente seguir el impulso que le diese la Francia. Si tal es la política consular, todo el continente concluirá por ser sometido á la república francesa. Es más bien el espíritu que anima á Bonaparte, que tal ó cual acto, lo que hace la paz imposible y la guerra necesaria, porque su ambicion conduce á la dominacion universal. Jamas se ha negado el derecho que tiene cada pueblo de intervenir, aunque sea por medio de la guerra, para impedir á una potencia preponderante que destruya la independencia de los demas Estados. ¿Qué importa, en circunstancias tan graves, la celebracion de un tratado? La libertad del mundo domina todos los tratados."

Hé ahí un lenguaje digno de un gran pueblo: no se trata ya de café ni de azúcar, no se trata ya del peñasco de Malta. La Inglaterra llena en el siglo XIX el mismo papel que hizo en el XVII; protege la independencia del continente contra las tentativas de dominacion universal de la Francia. Lord Grenville escribió en 1803 "que Napoleón aspira á la monarquía, no en sentido figurado, sino al pié de la letra, y que no hay salvacion para la Europa más que en una coalicion de las tres grandes potencias continentales con la Inglaterra. Está convencido, dice, que esta coalicion se hará," (1). Cosa notable, Napoleón mismo decía "que la guerra estaba en el orden del destino," (2). Después de la partida de lord Withworth, el primer cónsul desahogó sus resentimientos en una de esas audiencias solemnes en las que le gustaba hablar á la Europa. Acusando á la Inglaterra de haber roto la paz de Amiens, Napoleón añade: "Por lo demas, un poco más pronto, un poco más tarde, debíamos tener la guerra. Más vale tenerla ahora que nuestro comercio no está aún restablecido," (3).

(1) *Carta de lord Grenville*, del 26 de Octubre de 1803 (*Edinburgh review*, 1808, jannuary, p. 142).

(2) *Carta á Talleyrand*, del 5 fructidor, año X (*Correspondencia á Napoleón*, t. VIII, p. 616).

(3) LEFEBVRE, *Historia de los gabinetes de Europa durante el consulado y el imperio*, t. I, p. 279.

¿Por qué estaba la guerra en el orden de los destinos? El primer cónsul acusa á la Inglaterra, y los historiadores franceses más moderados la toman con la coalicion, con el odio siempre vivo de los reyes contra la revolucion. Si uno se coloca bajo el punto de vista providencial, puede decirse que la guerra era fatal, en el sentido de que era necesaria para destruir el feudalismo á la vez que la antigua monarquía. Pero los designios de Dios no justifican á los hombres. Es preciso juzgar la Inglaterra y Napoleón, sin tener en cuenta al destino. El destino para el primer cónsul era su ambicion sin límites. En vano sus admiradores lo representaban como un *sabio* durante esta primera época de su grandeza. La reunion del Piamonte á la Francia ¿era una necesidad política ó una invasion que nada excusa? Se hubiera comprendido la anexion de Turin á la república cisalpina: si un rey perdía en ella su corona, la nacion recuperaba su independencia y su unidad, y el derecho de los reyes desaparece ante el de los pueblos. Mientras que traspasando las fronteras naturales de la Francia, Napoleón abandonaba la política revolucionaria en lo que tenía de legítimo, para lanzarse en una vía que conducía á Moscow y á Santa Elena.

El primer cónsul no es el único culpable. Hemos insistido en la violacion de la paz de Amiens por el gabinete británico. Mr. Thiers dice que todas las potencias vituperaron á la Inglaterra, pero que áun reprobando su conducta, le continuaron unidas por inclinacion y por intereses (1). Es una falta, es un crimen el violar un tratado, cuando el rompimiento debe encender una guerra universal. ¿Qué importa que la guerra fuese inevitable? Era preciso dejar la responsabilidad entera al que no necesitaba más que un pretexto para volver á empezar las hostilidades y cuidarse bien de proporcionarle ese pretexto. Las potencias continentales tambien son responsables ante el tribunal de la historia: su odio á la Revolucion dió comienzo á una guerra de veinte años y la perpetuó. No se figuraban los reyes que eran instrumentos en las manos de Dios y que cooperaban á arruinar la antigua monarquía, que hubieran querido restaurar.

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, lib. XVII (tomo I, p. 607).